

Editorial

Si fuese posible resumir de manera coloquial lo que es un núcleo central de la moderna teoría social, una frase escuchada una tarde de invierno en una mesa de bar, junto a un grupo de parroquianos resultaría lo más compatible a esa expectativa. Con cierta intención, más que resignada que constata una situación, que es necesario reconocer y sobre todo incorporar para estar mejor parado en la lucha por la vida, un viejo con muchas idas y vueltas en los márgenes de la vida social dijo con algo de seriedad ceremonial debilitada por un estilo picaresco: “las personas en este mundo hacemos más lo que podemos que lo que queremos”. Muchas de las personas que lo escuchaban en un bar frecuentado por camioneros y mecánicos a orilla de la ruta nacional N° 8, al norte de la Provincia de Buenos Aires, no se sintieron conmovidos por esas palabras, aunque daban por sentado que quien las pronunciaba siempre decía cosas importantes y por lo tanto la atención no disminuía. De todos modos esa afirmación, a todos ellos, portadores de vidas más o menos felices, pero con deseos limitados y más de una vez incumplidos, les dijo algo que, claro, no ignoraban: al fin y al cabo, de eso se trata la vida.

Más allá de que esa afirmación pueda relativizarse, en tanto varios de los que estaban allí podrían sostener que en este lugar de la sociedad resulta más cierta que en otros; en la práctica concreta, la lucha por hacer realidad algunos acotados deseos, saltando los obstáculos para ir alcanzándolos a través del despliegue de habilidades, se valoriza positivamente. Y en la experiencia propia y en la de otros iguales, se la designa fundamentalmente como capacidad, aunque también se pueda nombrar como inteligencia, diferenciando a esta –a la que se la ve como una inteligencia menos prestigiosa y quizá práctica–, de las otras que se muestran en

el mundo de la ciencia y de la cultura. Las palabras imaginación, y sin lugar a dudas, creatividad, no figuran cuando se hace referencia a este tipo de prácticas. Creatividad se aplica en un sentido fuerte para designar capacidades que se presentan como destellos no necesariamente previsibles, asociadas a lo que se podría llamar un don y refieren preferentemente a experiencias conocidas de algunas zonas del mundo artístico. Aunque también puede tener aquí en este punto del espacio social, un uso débil referido a algunas prácticas relativas al ocio, preferentemente femenino.

En los sectores medios integrados con vocación de ascenso social, en los que centralmente en distintos momentos de la historia de los últimos cien años ese camino tuvo que ver con la educación, la noción de creatividad es casi siempre un elogio ligado a distintas formas de aplicación y quizá de demostración de lo que se reconoce como sabiduría en torno a la cultura convencional. Por supuesto, con distintas intensidades si se refiere a cómo alguien ha decorado su casa, que cuando da cuenta de quienes pueden portar esa cualidad en zonas del mundo de la cultura. Y entonces hay algo de lo que en el primer caso se asociaba a la inteligencia como don natural.

También en el propio mundo cultural y académico, este sintagma tiene usos similares. Cuando en los espacios académicos y científicos se quiere dar cuenta de algún hecho o producto que generó algún cambio se utiliza predominantemente el significante innovación, y probablemente cuando la mirada se dirige a los agentes concretos que produjeron esas innovaciones, pueda hablarse de creatividad. No obstante, en los mismos espacios, la noción de creación con mayúsculas se utiliza para designar a aquellos productos u obras a los que esa propia comunidad les confiere un valor excepcional, y que resulta en la designación de los productores concretos de esos objetos como creadores. La idea de la existencia de dones naturales y de algunas formas que escapan a las explicaciones de la razón, asociada a estas singularidades valoradas, recorre con relativa comodidad los espacios del mundo académico y científico. Pero donde adquiere una fuerza extraordinaria, es en la evaluación que el mundo cultural amplio hace de esas singularidades (productos y agentes) en mundo del arte.

Quizás hay algo de nostalgia por lo sagrado en ese mundo más prestigiado de la ciencia y la cultura occidental que a medida que

avanzaba el siglo XIX relegaba la religión y lo divino al espacio específico de los templos. Y de haberla, es muy probable que se encuentre en la noción de genialidad que acompaña ese estado de creación imaginado preferentemente en el mundo del arte, cuando se lo nombra con la majestuosidad que corresponde nombrar lo excepcional cercano a lo divino.

Si hay algo de la obra del sociólogo Pierre Bourdieu que produjo incomodidades en zonas de las humanidades y las artes (no totalmente explicitadas) fue el despliegue de herramientas que actualizaban una compleja mirada materialista para pensar la obra de arte como un producto social. Y en ese gesto, la mayor de las desconfianzas se generaban cuando se presentaba el material más específico de esa obra como un producto histórico cultural, que puede ser explicado si se recurre a dar cuenta de cómo se fue configurando históricamente en un entramado de relaciones sociales inscriptas en un espacio específico del mundo social. Bourdieu rompe un obstáculo cultural al permitirse analizar con elementos de las grandes tradiciones de la teoría social, inscriptas en una mirada materialista, un espacio que implícitamente es algo así como un espacio sagrado. La universidad, el mundo de la literatura, de la misma filosofía convertidos en objetos analíticos con materiales existentes en la teoría social, pero que están acostumbrados a mirar otras voces y otros ámbitos. Los obreros, los sectores medios, las clases dominantes, las minorías, el campo religioso en retirada, todos pueden ser pensados como productos histórico-culturales. Y en todos esos casos, se pueden imaginar relaciones de dominación, reproducción de doxas, luchas por la imposición de determinadas miradas sobre el mundo, dependencias con otras zonas del mundo social, etc. En el propio mundo, sin embargo, hay más límites para una aplicación radical de elementos nada extraños de las grandes tradiciones de la teoría social, sobre todo aquellos que hieran la divinidad no declarada de esas zonas y esos bienes.

Cuando Mannheim decía que “los intelectuales están entre, mas no sobre las clases”, inauguraba el problema presente en la radicalización de este materialismo historicista y complejo, acerca de la relativización de lo que flexiblemente se podría llamar la propia verdad. La ironía no mediada de Bourdieu cuando se pregunta ¿quién creó a los creadores?, ataca un núcleo central de las doxas circulantes por los propios espacios, y pone en su justo lu-

gar los elementos deudores de una noción de genialidad romántica que hay en esa manera de nombrar.

Es bueno, aunque sea rápidamente, dar cuenta de algunas de estas cuestiones cuando encabezamos el presente número con la palabra creatividad. La heterogeneidad de formas a incluirse bajo este significante en este caso dan cuenta de que nos valemos de un uso débil del significado. Sin embargo, si se quisiese retomar un sentido, en una lucha al interior de esta polisemia confusa, podría decirse algo en función de la frase mencionada al principio. Y es entonces que sería posible imaginar como acción creativa aquella que en cualquier ámbito (desde las zonas más oprimidas de la vida social, hasta las que se pueden producir un recinto de trabajo o en la producción de una obra científica o artística) entabla, seguramente favorecida por las marcas obtenidas azarosamente en una trayectoria social (si se quiere, en la lucha por la vida), un combate quizá sutil y poco ostentoso contra las determinaciones fuertes expresadas en “lo que se puede hacer”, abriendo intersticios y creando nuevos objetos problematizadores de las doxas circulantes, entre ellos algunos que puedan abrir a nuevos significados la misma idea de “lo que se quiere”.